

VALORACIÓN DE LA TESIS DOCTORAL “LA CUADRATURA.
LA ÚLTIMA PALABRA DEL PENSAMIENTO ONTOLÓGICO
DE HEIDEGGER”, DE ALEJANDRO ROJAS¹

Alberto Ciria. Munich

No voy a celebrar y encomiar ahora todas las virtudes y excelencias de la tesis, primero porque no tendría tiempo, y luego porque eso ya lo he hecho, en emails personales dirigidos a Alejandro y a su director, Juan. Tampoco voy a comentar aspectos formales de la tesis, porque eso no importa. Voy a centrar la tesis en cuatro puntos en cuanto a lo que, para mí, constituye su mérito principal: la interpretación del Geviert en los términos con los que Heidegger trató la verdad como a-letheia. Esos cuatro puntos primero voy a nombrarlos, luego aclararlos y, por último, voy a tratarlos, de modo que mi intervención tendrá cuatro partes: un nombramiento, una aclaración, un tratamiento y un final.

1. Nombramiento

“La cuadratura. La última palabra del pensamiento ontológico de Heidegger”, es el título certero del trabajo, y en él están los cuatro puntos que queremos nombrar, aclarar y tratar: primero, a qué se da el nombre de cuadratura; segundo, en qué sentido la palabra que empleamos para designar eso es no ya una última palabra, sino una palabra última; tercero, si eso a lo que damos el nombre de cuadratura determina sólo el pensamiento y sólo ontológicamente; cuarto, si de verdad queremos quedarnos en Heidegger, o en cualesquiera otros filósofos.

¹ Este texto fue leído como intervención en el tribunal de la defensa de la tesis doctoral de Alejandro Rojas „La cuadratura. La última palabra del pensamiento ontológico de Heidegger“. La defensa se celebró el 14 de noviembre de 2008 en la Universidad de Málaga, y la tesis doctoral obtuvo la calificación máxima de sobresaliente *cum laude*. El comentario final al poema de Heidegger “*Verständigung*” no fue leído, pero el poema sí fue recordado durante la redacción de esta intervención.

2. Aclaración

Primero, en cuanto a la palabra “cuadratura”, aquí no se trata de acertar con la traducción correcta o con la óptima de entre las posibles, no sólo porque las diversas traducciones dadas, como ya dice Alejandro, tienen su legitimación, sino porque de nada sirve atenernos y aferrarnos a palabras si no hemos transpasado, es decir, si no hemos sido transpasados a eso que ellas designan. En alemán, transpasar se dice *übereignen*, palabra que aparece en el tratamiento del Ereignis en la conferencia sobre la identidad. En un poema titulado “Traducir”, “Übersetzen”, escrito hacia el final de la guerra, Heidegger dirá que traducir no es poner, transponer, *übersetzen*, sino transitar y permitir transitar, *transponer*, *übersetzen*. No porque los términos sean intraducibles, sino porque, en cierto sentido, las palabras son lo de menos, no podemos trabajar con soluciones institucionalizadas que nos exoneren de pensar cada vez las palabras, y por eso sucede y es legítimo que los traductores de Heidegger, como me hizo ver Alejandro en una de las muchas consultas que le hice, no suelen guardar fidelidad a sus soluciones de traducción.

Segundo, una “última palabra” es la palabra a la que de hecho no han seguido más. Todos conocemos ese carácter enfrascado en sí mismo, henchido de sí y autoconvencido, que ha hecho de todo su ser una postura que se exige a sí misma ser afirmada sin interrupción, contendiente en el sentido latino, entregada a la necesidad de decir siempre la última palabra. Por mucho que se le replique, siempre sobrepone una palabra más a las nuestras. Una última palabra es esa palabra a la que fácticamente no han seguido otras, o diciéndolo con los términos de Alejandro, es lo presente que hasta ahora no ha sido sustituido. Así, última palabra se opone a primera palabra. Pero presencia y sustitución, y por tanto también ocultamiento y, sobre todo, la relación entre presencia y ocultamiento, son términos que habremos de repensar, porque no las últimas palabras, sino las palabras últimas, que ya no se oponen sino que en cierto sentido son también palabras primeras, no designan presencias fácticamente insustituídas, sino aquello que da lugar, que hace sitio, que permite toda presencia y toda sustitución. “Dar lugar” Heidegger lo llama a veces: *es gibt*. La diferencia entre última palabra y palabra última se corresponde, pues, con la diferencia entre lo ya dicho y lo siempre por decir, y sobre todo, entre lo ya pensado y lo siempre por pensar.

Tercero y cuarto: justamente cuando vemos una verdad en eso adonde las palabras nos han transpuesto, no nos conformaremos con detenernos en los términos y las formulaciones dadas, aprendidas y asimiladas, por

muy contundentes y muy fáciles de memorizar que hayan sido, sino que, o bien descansaremos en visiones y comprensiones más allá de las palabras, o bien, caso de que aún sintamos la necesidad de darles expresión, nos esforzaremos por hallar nuestras propias formas. Menos aún nos conformaremos con atenernos a esas clasificaciones en disciplinas, y a esas autoridades, en las que buscamos una engañosa sensación de seguridad y control cuando sentimos que, el camino adelante, nos arranca de la representación de nosotros mismos en la que nos gusta vivir encerrados, haciéndonos sentir miedo de nosotros. Quien llega a ver que en las expresiones hay verdad, sentirá vergonzoso poner esa verdad en función de las expresiones, en lugar de poner las expresiones en función de la verdad.

Por estas cuatro cosas, en lugar de decir: “La cuadratura. La última palabra del pensamiento ontológico de Heidegger”, diremos: eso a lo que deberíamos designar, suponiendo que en general sintamos la necesidad de designarlo, empleando una palabra última, nos determina a nosotros, a cada uno de nosotros, en nuestro ser hombres, en el sentido de que sólo hacemos justicia a nuestro ser hombres, y sólo lo somos, si de verdad somos capaces de ponernos a su altura haciéndonos y dejándonos transpasar a ello. Porque sólo así, haciéndonos justicia con nuestro ponernos a su altura, eso puede prevalecer en lo que es, porque eso sólo prevalece si nosotros lo dejamos y lo hacemos prevalecer, se nos encomienda y nos demanda como un cuidado y una tarea. ¿Y qué es eso?

Eso es nuestro estar referidos a la verdad como *aletheia*: no desencubrimiento como sustitución de presencias actuales por presencias potenciales y en cuanto tales ocultas en términos de actualidad, sino desencubrimiento en el sentido de la diferencia entre lo presente y la oculta condición de su presencia. No sólo porque para nosotros los hombres lo presente sea un límite más allá del cual debemos buscar, o como dice Polo y repite la incansable muchedumbre de polianos, un límite que conviene abandonar, sino porque, a su vez, sólo podemos guardar respeto a lo presente poniéndolo en función, considerándolo, contemplándolo desde la condición de su presencia, la condición que le da lugar y le hace sitio, una condición que no está presente ni tenemos presente ante nosotros, pero que hacemos presente. Igualmente deberemos repensar a qué llama Heidegger límite, porque a lo mejor también “límite” es sólo una palabra simbólica, tan simbólica como lo es un punto, o un guión.

3. Tratamiento

“Cuadratura” es el término que Alejandro toma para traducir Geviert. Cuáles habrían sido otros términos posibles, lo dice en su entrañable introducción, y la justificación y aclaración del término escogido las desarrolla sobre todo en la tercera parte de su excelente tesis.

El diccionario nos dice que el Geviert es un cuadrado, un sitio o un espacio cuadrangular delimitado. También se emplea la palabra para designar una zona urbana, un barrio o un sector delimitado de la ciudad.

Nosotros no tenemos dos palabras para designar el cuadrado como línea y el cuadrado como superficie, igual que diferenciamos la circunferencia del círculo. No podemos traducir Geviert especificando si nos referimos al espacio delimitado, o a la línea que lo delimita. Sí sabemos que cuadratura es una propiedad del cuadrado o de lo cuadrado, igual que circularidad es una propiedad del círculo. Si la cuadratura es una propiedad, entonces no hay cuadrado porque hay cuadratura, sino que hay cuadratura porque hay cuadrado. La cuadratura no hace al cuadrado, sino que el cuadrado hace a la cuadratura.

¿Y qué hace al cuadrado?

Hacer cuadrado se llama cuadrar. Cuadrar es ajustar los ángulos rectos, ya sea en sentido propio o metafórico, como cuando en el servicio militar teníamos que cuadrarnos, es decir, teníamos que adoptar la forma. Los ángulos rectos definen las líneas que a su vez delimitan el espacio, y situar en ese espacio, se llama encuadrar. El encuadramiento no es hacer el sitio, sino dar un sitio, es decir, establecer la pertenencia y la correspondencia a ese sitio. Primero es el cuadramiento, y luego el encuadramiento. Hay sitios que están ahí ya hechos y dados, presentes de antemano, donde luego podemos dar sitio haciendo pertenecer ahí. ¿Pero qué pasaría si hubiera un sitio que no estuviera dado antes de la pertenencia a él, sino que estuviera definido y delimitado justamente por relaciones de pertenencia y correspondencia? ¿Si definimos el cuadrado no en función de los ángulos rectos, sino en función de las paralelas, esas rectas que se juntan en el infinito, es decir, en un límite simbólico? Entonces el sitio no estaría dado de antemano, sino que hacer el sitio sería dar sitio. Entonces el cuadramiento sería una consecuencia del encuadramiento.

De Heidegger es muy propio el prefijo “Ge-“ en palabras clave: Geviert, Gestell, Gedachtes, Gebirg, Geschick, Gesetz, Gerede, Gelassenheit. La gramática nos dice que “Ge-“ es un prefijo colectivo: Geviert, el conjunto de los cuatro, es el cuarteto; Gesetz, el conjunto de lo dispuesto, es la ley; Geschick, el conjunto de las destinaciones, es el destino; Gestell,

el conjunto de las posiciones, es la composición; *Gedachtes* es el conjunto de las cosas pensadas, *Gebirg* es el conjunto de lo resguardado, y *Gerede* el conjunto de las cosas dichas. Tomándolo así, el conjunto es la suma, la acumulación de los elementos, o en términos de Alejandro, la totalización de los presentes.

¿Pero de verdad es el conjunto la suma de los elementos? ¿No es más bien el sitio en donde los elementos se pertenecen, y por tanto, el sitio definido por la pertenencia y correspondencia mutua de los elementos? ¿No había dicho Heidegger en la conferencia sobre la identidad que en *zusammengehören* hay que desplazar el acento del prefijo a la raíz, que el juntamiento viene de la pertenencia, y no la pertenencia del juntamiento? Y siendo así, ¿no es la pertenencia y la correspondencia lo que hace al conjunto? ¿Por así decirlo, el transcendental del conjunto?

Si es así, entonces *Gestell* como el conjunto de las posiciones no es la adición de las posiciones, la composición. Tampoco es el posicionamiento sólo en el sentido de la estructura que asigna las posiciones particulares en un despliegue global, como cuando hablamos del posicionamiento de unas tropas; sino que, pensando el conjunto desde la pertenencia y correspondencia mutua de los elementos, *Gestell* es lo que lleva a los elementos a corresponderse mutuamente en la forma de adoptar posiciones uno ante otro, es decir, es la correspondencia mutua en forma de posturas. “Posicionamiento es lo congregador de aquel emplazar que emplaza al hombre, es decir, que le desafía a desencubrir lo real en tanto que disponible encargándolo”, dirá Heidegger en *La pregunta por la técnica*. No se dice: posicionamiento es lo que emplaza ni lo que convoca, sino: posicionamiento es lo congregador del emplazar. *Gestell* nombra lo que conduce al hombre a corresponderse con lo real asumiendo la postura del retado y desafiado y el encargado, y lo que conduce a lo real a corresponderse con el hombre asumiendo la postura de lo disponible y lo encargable. O dicho más sencillamente: en el *Gestell*, el hombre y lo real son reducidos a posturas. Desafiar, retar, se dice en latín *temptare*, de donde viene nuestro cultismo “tentación” (una palabra que saldrá más adelante).

Esto no son sólo palabras que encontramos en los libros y con las que nos resulta cómodo y fácil pensar y escribir sobre la técnica y la era moderna. Si podemos decir que en nuestra época el hombre ha sido sustituido por el yo, también podemos decir que el yo absolutizado es, por definición, postura, una postura a la que primero nos hemos reducido nosotros y desde la que después consideramos no sólo lo real como lo disponible, sino a los otros hombres, y en nuestro caso, a los pensadores y los pensa-

mientos, también como posturas. Así, todos nosotros escribimos frases como: “Nietzsche no acaba de entender que más allá de lo dado lo que hay es la búsqueda”; “a Heidegger lo curaron al hacerle sentir nuevamente un profesor”; “esto es lo que es Heidegger: un profesor de filosofía, un pensador”; “Heidegger I es la abstracción y Heidegger II es la generalización”. Frases así las podríamos haber escrito y las hemos escrito cada uno de nosotros. Frases así son nuestras.

De modo similar, *Geschick*, que tanto significa “destino” como “habilidad”, no es el conjunto de las destinaciones, *Schickungen*, sino que nombra que el ser ha sido conducido a referirse al hombre bajo la forma de la destinación, y que para el hombre pasa a ser destino escucharla. Pues una destinación es una emisión interpelante, y una emisión interpelante, es una voz.

Pertenecerse y corresponderse mutuamente, se dice en alemán *zusammengehören*. Pertenencia se dice *Eigentum*, y lo que me pertenece, es lo *Eigen*. De esta raíz está hecha la palabra *Ereignis*, que se traduce y se piensa como el acontecimiento en el que hombre y ser se pertenecen uno a otro y son propios uno del otro: acontecimiento apropiador, o acontecimiento de transpropiación. Para desenfatar el carácter de evento, Heidegger utilizará más adelante la palabra *Eignis*.

Pero no se trata de atinar con la traducción óptima, sino de ser conducido, de ser transpasado, *übereignet*, a eso que la palabra nombra.

Eigen, tanto como nuestras palabras “propiedad” y “propio”, tiene el sentido de posesión y pertenencia, pero también tiene el sentido de adecuación. Adecuar no es hacer propio, en el sentido de apropiarse, sino hacerse propio, en el sentido de hacerse apropiado, *geeignet*. Encuadrar es hacer sitio dando sitio, y ser encuadrado es ser hecho apropiado. Éste es el sentido que, según Heidegger, tiene el bien en el pensamiento platónico, representado simbólicamente con la imagen del sol. Bueno no es sólo lo moralmente bueno, sino lo que sirve, lo apropiado, lo idóneo. El bien es lo que capacita. Capacidad, potestad, facultad, propiedad en este sentido, Heidegger la llama *Befugnis*, que es próximo a *Geschick* como “habilidad”. Y *Befugnis* tiene como raíz esa otra palabra tan propia de Heidegger que es *Fuge*.

Fuge significa juntura. Nosotros llamamos juntura al intersticio entre dos baldosas, por ejemplo. ¿Y qué es la juntura de las baldosas? Es el hueco en el que ambas baldosas son hechas la una a la otra. Podemos decir que en la juntura las baldosas no se tocan, pero si retomamos la definición de las paralelas, también podemos decir que la juntura es el límite simbólico en el que las baldosas se tocan haciéndose cada una a la

otra. La juntura es la potestad que hace una baldosa a la otra. Mirándolo así, lo que determina la juntura no es el tocarse, sino el hacerse uno al otro, que cada uno se hace apropiado o es hecho apropiado para el otro. *Sich fügen*, verbo que también emplea Heidegger, significa someterse, plegarse, amoldarse, hacerse al otro. Y hablando de la idea platónica de bien como lo que hace apropiado, Heidegger había dicho: “La capacitación es un límite de la filosofía”.

No *zusammengehören*, sino *zusammenegehören*. Ni el conjunto da sitio a los elementos ni los elementos suman el conjunto, sino que el conjunto es definido por la mutua correspondencia de los elementos. Entonces, el prefijo *Ge-* es un prefijo colectivo sólo porque primeramente es un prefijo de pertenencia y propiedad, pero no en el sentido de apropiarse y hacer propio, sino en el sentido de hacerse apropiado y ser hecho apropiado.

A veces Heidegger expresa plástica y simbólicamente el *Geviert* como una tachadura sobre la palabra *Seyn*; otras veces sólo como una tachadura, sin palabra; en ambos casos la tachadura tiene la forma de un aspa o un entrecruzamiento. Un aspa se puede interpretar como dos segmentos que se cruzan, o bien como cuatro segmentos que se juntan en un punto, o como cuatro segmentos que parten de un punto. Pero también se puede interpretar como el punto en el que cuatro segmentos se separan juntándose y se juntan separándose. En este sentido, cruce es el límite común de los cuatro segmentos. En el entrecruzamiento, los segmentos son las voces del punto.

El punto donde dos rectas o dos segmentos se cruzan, se llama en geometría intersección. Así podría traducirse literalmente *Unter-schied*, que Heidegger escribe separándolo con un guión: “inter-sección”. Pues, justamente, juntar separando y separar juntando es también el sentido que tiene el guión como signo de puntuación, y que tan propio es de Heidegger tanto para seccionar palabras en sus partes como para encadenar varias palabras en una secuencia. El guión no se emplea para enfatizar el prefijo –para eso emplea Heidegger la cursiva–, sino para hacer ver que, en una palabra, hay dos. Así, *Er-streben* no busca sólo enfatizar el carácter transitivo y terminativo de la tendencia, sino señalar que la tendencia al ente como tal sólo es posible dentro de una aspiración al ser, que el alma sólo capta el ente como tal desde una mirada esencial al ser, igual que sólo ve la visibilidad de lo visible poniéndolo en una referencia a lo transparente y, en este sentido, oculto. Heidegger no da prioridad a la potencia sobre la actualidad: busca el respeto a lo presente en su consideración desde la oculta condición de su presencia, y esa “consideración desde” se puede llamar diferencia o intersección.

Verdad como a-letheia significa no-ocultamiento. Lethe significa olvido, y de ahí viene nuestra palabra “letargo”. Descubrir es sacar del letargo, desaletargar. ¿Pero sacar y desaletargar, qué? Eso que, por ser condición de la presencia de lo presente, por sí mismo jamás está presente. El reconocimiento platónico no significa tener que ver sólo con presentes dados, sino que, distinguiendo esencialmente entre hacer presente, *vergegenwärtigen*, y tener dado en presente, *gegenwärtigen*, recordar es hacer presente lo que por sí mismo jamás está presente, al modo como una condición esencialmente oculta de posibilidad sólo puede sacarse de su ocultamiento desde la patencia de lo posibilitado. Hacer presente no es una nivelación de la presencia, ni una sustitución de un presente por otro, sino, diciéndolo con la metáfora de la luz, en vista de lo visible, hacer prevalecer lo transparente e invisible como condición de la visibilidad de lo visible y de la videncialidad del vidente: lo visible y el vidente sólo son tales y sólo son hechos uno a otro en medio de y merced a lo transparente. Así lo dirá Heidegger al final de la conferencia sobre la identidad: “Sólo cuando, pensando, nos volvemos a lo ya pensado, somos puestos al servicio de lo todavía por pensar”, es decir, somos hechos apropiados, hacemos justicia y nos ponemos a la altura de lo siempre por pensar. Pues sólo en nuestro hacerlo presente, en nuestro recordarlo o conmemorarlo en este sentido, tiene prevalecencia lo que por sí mismo pertenece al letargo o al olvido.

En la parábola platónica, el sol como metáfora de la capacitación es, como juntura y como foco, la clave de bóveda del firmamento: como juntura, la clave es el punto donde la bóveda celeste se reúne; como foco, el punto desde el cual la bóveda se expande. Pero siendo un punto, no está directamente presente en la bóveda, sino bajo la forma de un límite. Heidegger emplea el verbo *wesen*, que significa “campar”, y “campar”, igual que “resonar”, significa tener presencia sin estar presente. “El sol resuena en el firmamento”, se repetía para sí mismo el Idiota de Dostoievski, y nosotros diríamos: “El sol campa en el firmamento”.² A eso que tiene pre-

² Esta frase me recordó el famoso empleo de los timbales en el “Amanecer” del *Así habló Zaratustra* de Strauss: el sol resonando en el firmamento. En alemán, igual que en español, se distinguen dos verbos: sonar, “*klingen*”, “*tönen*”; y resonar, “*anklingen*”, “*nachklingen*”. “*Der Himmel tönt*”, dice el verso de Hölderlin que Alejandro cita en su comentario del cielo, y que no se traduciría como: “El cielo resuena”, sino así: “El cielo suena”. Con la alusión a los timbales se puede ilustrar la diferencia entre sonar y resonar.

Los instrumentos de cuerda constan de cuerdas y de una caja de resonancia: la cuerda, al ser pulsada o frotada, vibra, y la vibración de la cuerda repercute siendo ampliada en la caja de resonancia. El sonido del instrumento de cuerda, que es lo que nosotros escuchamos, es la resonancia en la caja de la vibración de la cuerda. Pero la cuerda sigue vibrando un tiempo después

sencia sin estar presente nosotros podemos referirnos en una forma de conocimiento que en sentido derivado, es decir, metafórico, podemos llamar recordar o conmemorar, y si esa presencia sin presente quisiéramos representarla, sólo podríamos hacerlo simbólicamente como un límite.

El Geviert sería entonces lo que conduce a los cuatro a juntarse en un límite simbólico en función de su ser hechos mutuamente uno a otro. Seyn, dirá Heidegger al final de los años cuarenta, nombra la diferencia entre ser y ente. El límite simbólico es la inter-sección, y el campar esa inter-sección, es decir, esa diferencia, quizá sea lo que Heidegger llama “nichten”. Aquí no hay una subjetividad del sujeto como condición de la objetividad del objeto, sino que nuestro ser hombres consiste en hacer justicia, siendo transpasados y siendo hechos apropiados a ello, dejándolo y haciéndolo prevalecer, a eso que nos junta con la diferencia entre lo presente y su oculta condición de presencia. Pero más que por un propósito de des-subjetivizar del fundamento (aunque yo más bien diría, de des-fundamentalizar la subjetividad), en una búsqueda del hombre más allá –y por tanto, también más acá– del yo.

4. Final

Al final de su vida, nuestro grandísimo Pablo Casals pudo decir de sí mismo: “Primero soy hombre, luego soy músico”, y él no fue ningún músi-

de haber sido pulsada o frotada.

En los instrumentos de viento hay también vibración: vibra la caña del oboe o del clarinete, o vibran los labios al tocar la trompa o cualquier otro instrumento de metal. Pero los instrumentos de viento no tienen caja de resonancia: toda la trompa, por ejemplo, no es más que un *amplificador* de la vibración, pero no una caja de resonancia. La vibración es amplificada, pero no resuena. Por eso, el instrumento de viento deja de sonar tan pronto como interrumpimos el soplido. Hay resonancia si tocamos el instrumento de viento en un espacio que por sí mismo la tiene, como cuando se toca el órgano o la trompeta en la iglesia, pero en casos tales la resonancia se debe al espacio, no al instrumento.

Igualmente en los instrumentos de percusión hay vibración. Vibra la membrana del timbal al golpearla con el mazo, y esa vibración resuena en la caja del timbal. Lo que nosotros escuchamos, el sonido del timbal, es la resonancia en la caja de la vibración de la membrana provocada por el golpe del mazo. Pero el mazazo mismo no lo escuchamos, o bien lo escuchamos como un sonido sordo, como un ruido que no nos “suena a nada”. El mazo no suena: resuena. El timbal suena, y el sonido del timbal es la resonancia del mazo.

Lo que no suena a nada, es el silencio. Pero el silencio, que no suena, es decir, que jamás está presente, a veces tiene presencia repercutiendo y resonando. A la resonancia de lo que no suena, Heidegger la llama “el tañido del silencio”.

Si esta diferencia entre el timbal y el mazo la trasladamos al cielo y al sol, entendemos que *ambos* tienen razón: Hölderlin cuando dice: “El cielo suena”; y Dostoievski cuando dice: “El sol resuena”. También podríamos decir que, en el entrecruzamiento, los trazos de los segmentos son la resonancia del punto.

co de segunda fila. De nada sirve ser un gran filósofo y hasta un filósofo genial si no se ha sabido ser primero un mero hombre. Si buscamos reconfortar a un Heidegger atormentado por el nazismo haciéndole sentir profesor y pensador, lo estamos condenando a él y nos hemos condenado ya a nosotros.

El discurso sobre la cuadratura y sobre nuestro estar referidos a la verdad como no-ocultamiento quizá sean sólo palabras de un pensamiento ontológico, unas palabras y un pensamiento que a nadie le hacen falta, igual que a nadie le hace falta ninguna teología ni ninguna antropología transcendental, y esto lo digo sin ninguna ironía sino con toda mi seriedad. Pero que en eso de lo que dicho discurso habla y esas palabras designan, que en eso a lo que dicho pensamiento se dirige, se decide no ya la historia del ser y del pensar, sino nuestro ser hombres, nuestra salvación y nuestra condenación, me lo hicieron ver unos comentarios de Lauth al pasaje evangélico de la tercera tentación (y aquí vuelve a salir la palabra), en la que el diablo muestra a la contemplación “todos los reinos”, *panta rei*, es decir, lo presente dado y dable totalizado, ofreciéndolo a cambio de una postración. El engaño de las tentaciones, decía Lauth, es hacer pasar una cosa por la otra. La trampa de la tercera tentación no es que lo presente sea intotalizable porque siempre quedan presencias ocultas ni porque convenga abandonar el límite y haya que seguir pensando y buscando, sino que la tercera tentación es una tentación derivada, es una pseudo-tentación que esconde una tentación previa y no formulada en la que ya se ha hecho caer inadvertidamente. El engaño de la tercera tentación consiste en que su formulación esconde que la tentación es otra: que lo presente dado sólo se ofrece como totalizable a una conciencia ya previamente totalizada, a un yo que, después de haber sustituido al hombre, ha transferido ya inadvertidamente a lo real su carácter propio de manifestación a sí, es decir, de exhibición, y de postura. ¿No somos llamados hoy en todo momento y más que nunca al autoconvencimiento, a la autofirmeza, a la sensación de éxito y a la satisfacción de, henchidos de nosotros mismos, haber dicho la última palabra?

Nada importa si esto lo ha dicho Lauth ni lo que podamos aprovechar de Heidegger. La frase de Casals, en nuestro caso aquí y ahora, significa que sólo merece el esfuerzo un pensamiento que sabe plegarse a la ley de ir siempre a la zaga de nuestro ser hombres. “El hombre y sus convicciones son, por lo visto, dos cosas muy diferentes”, dejó escrito Dostoievski, y del ruso es también la frase con la que quiero concluir, a modo de consejo a una cabeza tan dotada para la filosofía y la investigación, a una mente tan crecida y tan por crecer, una frase de la que ya hemos hablado mu-

chas veces con Alejandro y que, personalmente, bien me gustaría como epitafio: “Nuestras cabezas son, la mayoría de las veces, las que nos impiden comprender las cosas.”

Comentario al poema de Heidegger “Verständigung”

Verständigung:

Laß gar, geschwiegen, auch das Weil
entfallen in den Brunnen, dunkel, steil.
Und höre, was uraltem Brauch gefiel:
Wir fügen sterblich uns ins Fugen-Spiel.

La pertenencia en el juntamiento sólo prevalece si nosotros la dejamos prevalecer. Por eso ella nos necesita, y por eso ella nos pone a su servicio, nos emplea y utiliza. Tanto “necesitar” como “utilizar” se dicen en alemán brauchen, y a esa demanda a nosotros que es tanto una necesidad de nosotros como un utilizarnos, Heidegger la llama Brauch, que se suele traducir como “uso” o “usanza” (recogiendo el sentido de costumbre), y que más que “nuestra usanza”, es una “usanza de nosotros” (genitivo subjetivo): la juntura, necesitándonos y empleándonos, se acostumbró a nosotros, hallando agrado y complacencia en que nosotros nos plegáramos a esa usanza de nosotros. Así habla Heidegger sobre “die brauchende Eignis”.

Que nosotros somos hechos apropiados al juntamiento, que somos hechos a la juntura –Fuge–, supone que nos sometemos, nos amoldamos o nos plegamos a ella –sich fügen–. A este someterse, amoldarse y plegarse, recogiendo unas palabras de Angelus Silesius y de Goethe, Heidegger lo había llamado ya “atenerse al porque”, en lugar de “preguntar por el porqué”. Pero cuando, ya en el brocal de la juntura, tan próximos y pegados a ella que podemos dejar caer dentro, el plegamiento es máximo, incluso el “porque” debe quedar “también” silenciado.

Comunicado:

Deja silenciado también el porque,
que caiga en el oscuro pozo vertical.
Y escucha lo que agradaba a la antiquísima usanza de nosotros:
Nosotros, mortales, nos plegamos al juego de la juntura.

El pozo vertical es el pozo que carece de proyección horizontal. El pozo aparece como vertical y como oscuro cuando es mirado desde arriba. Visto desde arriba sin ninguna proyección horizontal y como oscuro, el pozo aparece como un punto. El punto de intersección del entrecruzamiento nos lo podemos imaginar como un pozo visto desde arriba, del cual son escanciados los segmentos como proyecciones, resonancias o tañidos del punto.

Alberto Ciria
Theresienstrasse 93
D- 80333 München
Alberto.Ciria@klueber.com